

FRIO CADAVER SOBRE BLANCO LECHO

[Entramos en el templo, y vimos el espectáculo más triste y doloroso que pueden ver ojos españoles. **Exequias de la lengua castellana.**]

Frió cadáver sobre blanco lecho
De gallarda matrona, en paz sosiega;
Vele el Dolor, y en lágrimas deshecho,
A la piedad y compasión se entrega,
Clavada allí la vista largo trecho,
Al párpado veloz su oficio niega,
El pálido semblante contemplando,
Y en él la ilustre pérdida llorando.

De lúgubre ciprés ramas oscuras
Cubren el suelo entre morados lirios,
Y de árabes aromas asevas puras
En humo arrojan los inciensos sirios.
Relevados en raras esculturas
Ordenados blandones, blancos cirios
Sustentan vivos, cuya muda llama
Trémula por el templo se derrama.

Un sordo lamentar de triste gente
Interrumpe el silencio temeroso,
Como si el pecho, en su pasión doliente,
Quisiera, sin poder, guardar reposo.
El cadáver, los humos, el frecuente
Gemido, el macilento y tembloroso
Lucir, pavor añaden al quebranto,
Y en el ánimo imprimen miedo santo.

Suelto el cabello y descuidado el traje,
El cadáver dos vírgenes guardaban,

Ceñudas tanto cuanto el vil ultraje
Más de cerca y más suyo contemplaban,
Dejan que al llanto su dolor relaje
El curso fugitivo: se quejaban...
¿Y quién de ver así se admiraría
A la Elocuencia y docta Poesía?

¡Ay! Cierta advierten su fatal estraño
En la yerta matrona, y le adivinan.
¡Tanto ocasiona un pensamiento vago!
¡Tanto mil locos que a escribir se inclinan!
Recelaron un tiempo ya el amaño,
Y al eterno sepulcro hoy encaminan
A su lengua mejor, que deja, yerta
En su tumba, a las dos fúnebres puertas.

Lástima tierna de mi pecho en tanto
Se apodera, y destila un sudor frío
Mi acongojada frente; amor, espanto,
Dolor, todo conjura en daño mío.
Rompo el silencio, y sin que pueda el santo
Pavor tanto conmiño, cuanto el pio
Sentimiento, que el alma no resiste,
Atónito me acerco al lecho triste.

Y digo: En paz descansa, egregia gloria
Del ibero inmortal, cuando en su labio
Pura sonaba su feliz memoria,
Sabio en hablar, y en discurrir más sabio.
Asunto sólo a la durable historia
Quedaste ya en el mundo: ella tu agravio
Trasladará a las gentes venideras
Con voces, ya bastardas, ya extranjerías.

¿Qué es de tu majestad? ¿Qué de la gracia
Que tu genio en las frases infundía?
Por ti al cantor que acreditó a la Tracia
Nada envidió tu dulce poesía.
Robusta y noble, ¡oh!, pese a la desgracia,
Cuando el camino a la virtud abría
Tu decir, al de Atenas disputaba
La fuerza, y ¿qué sé yo si la ofuscaba?

Cayó tu imperio, y te oprimió violenta
 Tu elevada y fornida pesadumbre;
 Fábrica así a las veces corpulenta,
 Cede al largó oprimir de su techumbre.
 Si menos fuera tu excelencia, exenta
 De injurias temerarias, a la cumbre
 De la gloria los tuyos te elevaran
 Y en vez de aniquilarte, te ensalzarán.

Tierno Batilo, delicioso Aminta,
 Ya no os convida la rosada Aurora,
 Ni el grato prado, que el verano pinta,
 Pide a la voz la cláusula sonora,
 Diverso canto, locución distinta
 Escucharán las aves, y a la hora,
 Los hórridos acentos extrañando,
 Huirán, su desventura lamentando.

Almas heroicas, que a la patria atentas
 El tributo fatal anticipásteis
 A la rígida muerte, en las sangrientas
 Fatigas, do moristeis y triunfásteis;
 Si llegan por ventura las afrentas
 A la suma región, y allá llevásteis
 El amor de la patria, al numen santo
 Pedid que venéue atrevimiento tanto.

Elocuencia no igual a vuestra gloria
 Osará maltratarla en vuestra injuria
 Y hará que sirva la inmortal memoria
 A bárbara dición, baja y espuria.
 Lánguida y débil la gentil historia,
 Reducida a tan mísera penuria,
 Oscureciendo los ilustres nombres,
 De ejemplos grandes privará a los hombres.

Juan PABLO FORNER

RECUERDOS

CACERIAS

Por Miguel Muñoz de San Pedro, Conde
 de Canilleros.



UNQUE no mucho, yo he sido aficionado a la caza. ¿Quién no lo es en Extremadura? En llanos y sierras, he cazado conejos o perdices, ciervos o jabalíes, liebres o abutardas. Las cacerías y las tertulias cinegéticas, son obligadas entre los extremeños. He de confesar que no he participado excesivamente en todo esto, porque mis aficiones a libros y papeles me dejaban poco tiempo libre para el campo y sus temas.

Extremadura es una región de cazadores; por eso no es de extrañar que el más destacado pintor de cacerías de nuestros tiempos fuera extremeño. Adelardo Covarsí había nacido en Badajoz. Su padre fué un cazador empedernido, que sirvió al hijo de modelo en infinitos cuadros, en el que se le ve siempre de perfil, pues le faltaba un ojo. El artista, criado entre jaurías y trofeos cinegéticos, tuvo desde el principio en su pintura una orientación concreta.

Covarsí pasó la vida pintando motivos de caza, bajo cielos típicamente extremeños, cielos de nubes incendiadas por el reflejo del crepúsculo vespertino, sobre las vegas del Guadiana. Con cuadros de cacerías se fué dando a conocer, tuvo fama y ganó primera medalla en la Exposición Nacional, precisamente, en el mismo año en que fué concedida la Medalla de Honor a otro extremeño y amigo, Eugenio Hermoso.

Después de algunos circunstanciales y breves encuentros, mi trato permanente y mi verdadera amistad con Covarsí comenzaron en la primera Asamblea de Estudios Extremeños, celebrada en Badajoz, en Octubre de 1948. A partir de entonces, nuestra relación personal o por cartas, no se interrumpió hasta el día de su muerte, ocurrida en Badajoz, cuando no era demasiado viejo, en la plenitud de su arte.

Los dos recuerdos concretos que quiero recoger del gran pintor de las cacerías, se refieren a aquellos momentos de la aludida Asamblea pacense.

Un día, paseando él y yo junto al Guadiana en un hermoso atardecer, ví que el cielo era igual que el que tantas veces contemplara en sus cuadros: